

Tentación e idolatría

Martha Morales

Todo lo malo, todo lo que nos separa de Dios, todo lo que representa el más grande peligro para la perdición de nuestra alma, está dentro de nosotros. No dejemos a la astucia del diablo vendernos una vida libre de dolor, de pruebas y tribulación, porque **el que busca tesoros en la tierra, los pierde en el cielo**. ¿Amas a Dios? ¿Te amas a ti mismo? O simplemente no amas. Esa es la prueba. El arma más tenebrosa del diablo es el orgullo, fermentándolo y estimulándolo nos separa de Dios, porque el orgullo asesina el amor.

Todo hombre es llamado a salir de Egipto, de la idolatría y la perdición; a escuchar la palabra de los profetas y emprender el camino del desierto que lleva a la tierra prometida, la nueva Jerusalén.

Benedicto XVI advirtió que la **idolatría** está siempre al acecho entre los creyentes, que se ilusionan de poder servir a dos señores, al Dios omnipotente y a los dioses impotentes hechos por los hombres. "Cuando Dios desaparece del horizonte el hombre cae en la esclavitud de la idolatría. La adoración de los ídolos cierra a la persona en el círculo exclusivo de sí mismo" (15-VI-2011). La eterna tentación del hombre es buscar la salvación en lo que hace con sus manos, colocando sus esperanzas en la riqueza, el poder, el éxito, los bienes materiales, los viajes, el consumismo...

Ante lo que escuches, pregúntate si un ángel del Señor hablaría así, para que puedas detectar cuánto hay de Dios y cuánto hay del diablo en lo que sale de tu boca o la de tu hermano. El diablo dota a sus hijos de un conocimiento cuya esencia es la malicia y la duda (Marino Restrepo).

Madre Teresa de Calcuta decía: "Tu vocación consiste en pertenecer a Jesús". Un afecto desordenado ocupa, distrae, se vuelve exclusivista. Sólo quien renuncia a sí mismo puede llevar a Dios a vivir en sí.

No pedimos a Dios que no tengamos tentaciones, sino que no nos deje caer en ellas. Las tentaciones son a la vez *pruebas*, ocasiones para afirmar el amor a Dios. "*Bienaventurado el hombre que sufre tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman*" (St 1,12).

Tenemos obligación ante todo, de resistir la tentación. Si entonces fallamos y pecamos, tenemos la obligación de arrepentirnos inmediatamente. Si no nos arrepentimos, Dios deja que vayamos a lo nuestro: permite que experimentemos las consecuencias naturales de nuestros pecados, los placeres ilícitos. Si seguimos sin arrepentirnos –mediante la abnegación y los actos de penitencia- Dios permite que continuemos en pecado, formando así un hábito, un vicio, que oscurece nuestro entendimiento y debilita nuestra voluntad.

Una vez que estamos enganchados en el pecado, nuestros valores se vuelven al revés. El mal se convierte en nuestro “bien” más urgente, nuestro más profundo anhelo; el bien se presenta como un “mal” porque amenaza con apartarnos de satisfacer nuestros deseos ilícitos. Llegados a ese punto, el arrepentimiento llega a ser casi imposible, porque el arrepentimiento es, por definición, un apartarse del mal y volverse hacia el bien; pero, para entonces, el pecador ha redefinido a conciencia tanto el bien como el mal. Isaías dijo de tales pecadores: “¡Ay de aquellos que llaman mal al bien y bien al mal!” (Is 5, 20).

Una vez que hemos abrazado el pecado de esta manera y rechazado nuestra alianza con Dios, sólo puede salvarnos una calamidad. A veces lo más compasivo que puede hacer Dios con un borracho, por ejemplo, es permitir que destruya el coche o que le abandone su mujer..., lo que le forzará a aceptar la responsabilidad de sus actos.

“El género humano -.dijo el poeta T.S. Eliot- no puede soportar mucha realidad”. No necesitamos mirar lejos para probar este aserto. La gente huye hoy, uno por uno, de la vida real, retirándose cada quien a su distracción particular. Las vías de escape van desde las drogas y el alcohol hasta la novela rosa y los juegos de realidad virtual.

¿Qué pasa con la realidad para que el género humano la encuentre tan insoportable? Lo que pasa es que la enormidad del mal, su presunta omnipresencia y poderíos, y nuestra aparente incapacidad para escapar de él... nuestra incapacidad, incluso, para no *cometerlo*. Parece que el infierno está en todas partes amenazando con sofocarnos,

Ésta es la realidad que no podemos soportar. Pero es también la cruda y terrible realidad que dibujó San Juan en el Apocalipsis. Las bestias son el poder en la sombra que mueve naciones e imperios; se fortalecen con la inmoralidad de la gente a la que seducen; se emborrachan con el “vino” de la fornicación, la avaricia y el abuso de poder de sus víctimas.

Ante tal oposición tenemos que escoger: o presentar la batalla, o darse a la huida. Huir podría parecer la elección más razonable; sin embargo, la huida no es una opción real. "Esta guerra es inevitable, y el que en ella no lucha, de todas maneras se ve inexorablemente enredado en ella y sucumbe. Es que nos enfrentamos a enemigos tan obstinados y furiosos que de ellos no podemos esperar jamás ni tregua ni paz" (Lorenzo Scupoli).

Más aún, no podemos subir al cielo, si huimos de la batalla. Dios nos ha destinado a nosotros, a la Iglesia, a ser la Esposa del Cordero. Pero no podemos gobernar, si no derrotamos primero a las fuerzas que se nos oponen, a los poderes que pretenden hacerse con nuestro trono. Dos tercios de los ángeles están de nuestra parte. El Apocalipsis muestra que son los santos y los ángeles los que dirigen la historia con sus oraciones.

Nada puede desanimarnos en este camino hacia el fin último, porque nos apoyamos en "tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es El, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el paraíso" (Juan Pablo I, *Alocución*, 20-IX-1978).

No nos ha de dar miedo ninguna situación. Tiene remedio. El ser humano tiene una capacidad grande de recapacitar y regenerarse. Los psiquiatras se quedan estupefactos de lo que una buena confesión puede ayudar a una persona.